

LIBROS

58

LETRAS LIBRES
OCTUBRE 2016

José Álvarez Junco
• DIOSSES ÚTILES. NACIONES
Y NACIONALISMOS

Rodrigo Rey Rosa
• TRES NOVELAS EXÓTICAS

**Enrique Adrián Martínez, Luna
Miguel y Jesús Carmona-Robles**
(antologadores)
• PASARÁS DE MODA. 35 POETAS
JÓVENES EN ESPAÑOL

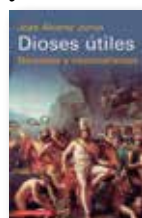
Elvira Navarro
• LOS ÚLTIMOS DÍAS DE ADELAIDA
GARCÍA MORALES

Carlos A. Aguilera
• EL IMPERIO OBLÓMOV



ENSAYO

El historiador y los nacionalismos



José Álvarez Junco
DIOSSES ÚTILES.
NACIONES Y
NACIONALISMOS
Barcelona, Galaxia
Gutenberg, 2016,
316 pp.

JORDI CANAL

En una obra publicada en 1990, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, basada en las Conferencias Wiles pronunciadas unos años antes por su autor en la Queen's University de Belfast, Eric J. Hobsbawm advertía de que ningún historiador de las naciones y los nacionalismos puede ser un nacionalista político comprometido. Esta y otras afirmaciones y planteamientos generaron no pocas discusiones, en la última década del siglo xx, en el ámbito historiográfico y de la ciencia política. El libro de este historiador marxista británico sirve de complemento a otro dirigido por él mismo,

junto con Terence Ranger, unos años antes: *La invención de la tradición* (1983). El nacionalismo ha sido el gran inventor contemporáneo de tradiciones. Y el fenómeno nacional, se apuntaba en la introducción de aquel volumen, no puede investigarse de forma adecuada sin prestar una esmerada atención al invento de la tradición. En el prólogo a la edición catalana, que vio la luz en 1988, Hobsbawm aseguraba que, a pesar de que a los políticos y a los agentes de publicidad no les interesa demasiado la relación entre los mitos, símbolos y tradiciones y la verdad histórica —en esencia, su preocupación se centra en la efectividad—, sí deben ocuparse de ella los historiadores. Por aquellos mismos años, en el ensayo *El laberinto vasco* (1984), sostenía Julio Caro Baroja: “El historiador sabe muchas veces que la ‘tradición’ es la historia falsificada y adulterada. Pero el político no solamente no lo sabe o no quiere saberlo, sino que se inventa una tradición y se queda tan ancho.” El espíritu crítico constituye, aunque los nacionalistas tiendan a olvidarse frecuentemente de ello, uno de los fundamentos básicos del oficio de historiador.

La cita de Caro Baroja encabeza, junto con otra del gran historiador del siglo xviii Edward Gibbon —“Las diversas religiones que existían en Roma eran todas consideradas por el pueblo como igualmente verdaderas, por el filósofo como igualmente falsas y por el político como igualmente útiles”—, el nuevo libro de José Álvarez Junco, *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*. Se trata de una amplia aproximación a las teorías actuales sobre estos temas, a las definiciones terminológicas y a los principales casos de construcción nacional en Europa y América, con la voluntad

final de comprender mejor el complejo caso hispánico. Este último, que no es en absoluto excepcional ni anormal como construcción histórica —o, si así fuera, tan excepcional y tan anormal como todos los demás—, debe ser abordado, insiste muy acertadamente Álvarez Junco, desde una óptica comparatista. Los trabajos de Hobsbawm más arriba citados constituyen una referencia obligada en los argumentos del autor, amén de convertirse en objetos de su propio análisis. No es la primera vez que Álvarez Junco se aproxima a estas cuestiones, como ponen de manifiesto, al margen de artículos y otras contribuciones en obras colectivas, dos libros excelentes y de ineludible referencia: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, de 2001, y, de 2013, *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, duodécimo volumen de la desigual *Historia de España* editada por Crítica y Marcial Pons, que el autor dirigió y en buena parte redactó.

A la hora de abordar un tema tan sensible, en España y en el mundo actual, como el nacionalismo, José Álvarez Junco pone, en el preámbulo de la obra, sus cartas encima de la mesa. Asegura, primeramente, que ha intentado en todo momento evitar la emoción a la hora de abordar este objeto. Resulta imprescindible racionalizar un problema, sostiene, “que es presa habitual de la emocionalidad”; los sentimientos deben ser sometidos, en fin de cuentas, a la razón. Vinculada con la cuestión anterior, se excluyen las explicaciones que entran en el campo de las esencias, mentalidades, caracteres colectivos o supuestas formas de ser de los pueblos. Igualmente, el autor ha procurado no dejarse llevar por simpatías o antipatías hacia los

distintos casos o territorios. Es evidente que la simpatía traiciona en muchas ocasiones al estudioso, como nos enseñó Pierre Vilar con su propio ejemplo en Cataluña. Afirma Álvarez Junco de manera contundente: “El historiador o científico político debe evitar toda implicación emocional en el tema que estudia.” Por esta razón rehúye, por ejemplo, el uso de la primera persona del plural o del posesivo “nuestro”. Él no forma parte ni del pasado descrito, ni tiene responsabilidades por lo que otros hicieron entonces. En su autopresentación —que me ha recordado, en algunos pasajes, al Marc Bloch de la primera parte de *La extraña derrota*—, Álvarez Junco da un par de auto-definiciones: se considera firmemente no nacionalista, siendo su única lealtad hacia el conocimiento riguroso; y, asimismo, concreta su posición, en el debate entre modernistas y primordialistas en el estudio de las naciones y los nacionalismos, como historicista o constructivista, aceptando la existencia de “naciones” antes de la época contemporánea, aunque aclarando que “no eran identidades colectivas a las que se atribuía soberanía sobre un territorio”.

Dioses útiles. Naciones y nacionalismos está dividido en cuatro capítulos. En el primero se exponen, por un lado, las teorías actuales sobre las naciones y los nacionalismos —desde Hans Kohn, Carlton Hayes y Karl Deutsch, a mediados del siglo XX, hasta Michael Billig, Anne-Marie Thiesse y Homi Bhabha, sin olvidar al ya citado Hobsbawm o, entre otros más, a Benedict Anderson y Ernest Gellner—, que representan una auténtica revolución científica por lo que al tratamiento académico de estos temas se refiere, así como

los principales elementos y conclusiones derivados de estas investigaciones. Destacan, entre ellos, que las naciones y los nacionalismos no son fenómenos naturales, sino creaciones de la historia, es decir, meras construcciones; que las naciones no se han dado solamente en algunos pocos lugares y momentos, pero que no representan un rasgo permanente ni esencial de la especie humana; o bien que las identidades nacionales están sujetas de forma permanente a la instrumentalización política y que se caracterizan por su artificialidad. Las naciones constituyen, por encima de todo, objetos históricos. Por otro lado, en el bloque inicial se hace una propuesta de definición de términos como Estado, Estado-nación, nación y nacionalismo. El término “nación”, en concreto, corresponde, según Álvarez Junco, al “conjunto de seres humanos entre los que domina la conciencia de poseer ciertos rasgos culturales comunes (es decir, de ser un ‘pueblo’ o grupo étnico), y que se halla asentado desde hace tiempo en un determinado territorio, sobre el que cree poseer derechos y desea establecer una estructura política autónoma”. El componente voluntarista resulta evidente.

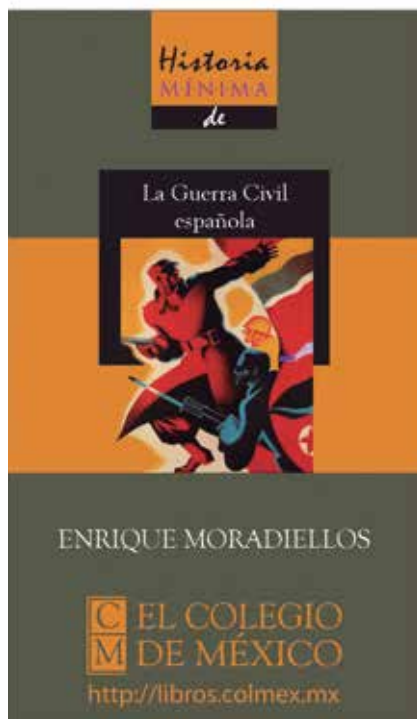
Las tres partes restantes están dedicadas a casos de construcción nacional. En primer lugar, aquellos que han parecido más relevantes al autor, excluidos los de la península ibérica: Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Rusia, Turquía, Estados Unidos y las antiguas colonias ibéricas en América. La insoslayable necesidad de generalizar hace inevitables algunas omisiones o simplificaciones. Álvarez Junco, consciente de ello, nos lo advierte y se disculpa en la introducción.

Así ocurre en los ejemplos frances e italiano, para los que el autor decide utilizar como guía, respectivamente, los interesantísimos trabajos de Eugen Weber y Alberto M. Banti, lo que comporta un análisis excesivamente estatista y tardío en lo temporal en el primer caso –algo corregido en los estudios del australiano Peter McPhee o de los franceses Maurice Agulhon, Philippe Boutry, Jean-François Chanet, Gilles Pécout o Christine Guionnet– y una perspectiva excesivamente culturalista en el segundo, que podría haber sido matizada con los trabajos de la británica Lucy Riall o de los italianos Maurizio Ridolfi, Antonio de Francesco o Fulvio Conti. Insisto, sin embargo, en la inexorabilidad parcial de este problema. El capítulo tercero del libro aborda extensamente el caso español, transitando por el término Hispania y la Monarquía Católica, de tipo

prenacional, así como por el paso del imperio a Estado-nación en el siglo XIX y los consiguientes procesos de nacionalización, las identificaciones en la centuria siguiente entre dictaduras y españolismo y la problemática actual en torno a la identidad nacional.

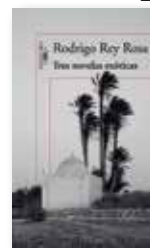
Finalmente, el cuarto capítulo está dedicado a las identidades alternativas a la española en la península ibérica, con especial atención a la catalana y la vasca, pero sin dejarse en la mochila ni la portuguesa, ni la gallega, ni tampoco la andaluza. Sin embargo, a esta última se le caracteriza como un regionalismo, no un nacionalismo, al igual que otras como la valenciana, la aragonesa o la asturiana. En todos los casos se aportan infinidad de datos y una visión panorámica de largo recorrido y aliento. Para Cataluña, una más específica concreción sobre el momento en que se puede hablar con propiedad –o no– de nación se echa quizás en falta. Pero no voy a entrar en detalles. José Álvarez Junco ha escrito un libro útil y necesario, que combina tres meritorias capacidades de este estudioso, que ya habíamos tenido ocasión de apreciar en textos anteriores: la siempre bienvenida construcción de marcos teóricos y explicaciones complejas, la perspectiva amplia y comparada y, asimismo, la incitación al diálogo y el debate científico. Y lo ha hecho desde una fidelidad y un compromiso que son los únicos auténticamente válidos y relevantes para el historiador. La fidelidad y el compromiso con la historia bien hecha. Ni más, ni menos. —

JORDI CANAL (Olot, Gerona, 1964) es historiador. Es profesor en la EHESS (París) y autor, entre otras obras, de *Historia mínima de Cataluña* (Madrid, Turner-Colegio de México, 2015).



NOVELA

Paisajes contemporáneos



Rodrigo Rey Rosa
TRES NOVELAS
EXÓTICAS
Ciudad de México,
Alfaguara, 2016,
280 pp.

ENRIQUE MACARI

No es extraño que Roberto Bolaño haya sido, desde muy temprano, uno de los grandes valedores de Rodrigo Rey Rosa (Guatemala, 1958). Muchas cosas comparte la obra del guatemalteco con la del chileno: el amor por Borges, que en ambos se traduce en amor por la trama; un apetito nómada que narrativamente recorre con la misma facilidad América, África y Europa; personajes latinoamericanos que desean perderse, desaparecer, pero a quienes la violencia persigue como una condena; un mundo fragmentado, en el cual los restos de las tradiciones –nacionales, religiosas, amorosas, literarias– conviven de forma confusa y ambigua. A diferencia de Bolaño, Rey Rosa favorece una prosa discreta y una austeridad de medios casi monástica, con lo cual, sin embargo, logra narraciones cuyo sentido o sentidos se desbordan constantemente a sí mismos. *Tres novelas exóticas* reúne tres *nouvelles* publicadas entre 1994 y 2002, al menos dos de las cuales ocupan lugares privilegiados dentro de la obra del guatemalteco.

La geografía y el paisaje son dos elementos principales de cada una de estas narraciones: *Lo que soñó Sebastián* (1994), que se desarrolla en la selva del Petén; *La orilla africana* (1999), ubicada en Tángier, y

El tren a Travancore (2002), situada en Chennai, al sur de la India. En la primera de estas, la selva es una presencia ineludible. El protagonista, Sebastián, es un hombre rico dominado por una suerte de anhelo de regreso a la naturaleza: tiene su casa en un claro en medio de la selva, vive acompañado únicamente por un sirviente, es protector de los animales y no permite la caza dentro de sus extensos terrenos. Los motivos de su aislamiento solo se insinúan oscuramente: “en este lugar apartado de todo uno podía soñar con ser un hombre justo, un hombre moral”. Pero Sebastián no encuentra la inocencia o el paraíso en la selva. Por el contrario, la caza de un caimán y el asesinato de un hombre dentro de los terrenos de Sebastián desatarán una trama hecha de venganzas, resentimientos sociales, deseo y corrupción. Un hecho misterioso en el centro de la narración rompe el tono realista y otorga una calidad onírica a *Lo que soñó Sebastián*. Esta será también una característica del siguiente relato, *La orilla africana*: teniendo como base lo que podríamos llamar un realismo duro, existen ciertos elementos de la obra que intentan empujar los límites de este realismo y sugerir resonancias menos literales. *Lo que soñó Sebastián* es el relato de una confrontación humana sobre el fondo misterioso —a veces bello, a veces indiferente, a veces siniestro— de la selva centroamericana.

La orilla africana es quizá la mejor de las narraciones que se reúnen en este volumen. Con poco más de cien páginas, este texto es un despliegue íntegro de las virtudes de Rey Rosa: la construcción pausada y elíptica, la inmersión en un lugar y un paisaje concreto, la inclusión de elementos misteriosos dentro de la trama realista. Los fragmentos que

conforman *La orilla africana* presentan un grupo humano heterogéneo: un pastor de ovejas africano con pretensiones de convertirse en traficante; un colombiano de clase alta que, con la excusa de haber perdido su pasaporte, extiende por tiempo indefinido su estancia en Tánger; un grupo de intelectuales europeos que vacacionan en una hermosa finca en la costa africana. Las historias de todos estos personajes se cruzan gracias a la presencia de una misteriosa lechuza que el protagonista colombiano compra en las calles de Tánger, y cuya suerte tiene un peso especial dentro de la narración. En dos momentos precisos abandonamos la trama humana y el punto de vista del animal toma el primer plano. En el primero, a través de la percepción sensorial del animal, la naturaleza vuelve a revestirse de ecos míticos: “La lechuza abrió los ojos a la luz líquida y hambrienta del atardecer. Volvió el oído a la ventana, para percibir mejor los sonidos que llenaban el aire del ocaso [...] Se oyó el crujido de las escamas de una lagartija cuando se introducía por una grieta debajo de la ventana. Las hojas secas, el polvo y un escarabajo muerto eran barridos por el viento.” El segundo momento se da en la escena final, que es sin duda el momento álgido de *La orilla africana*: la lechuza logra escapar de su captor, contempla desde las alturas a los personajes humanos que la dominaban, vuela por sobre los peñascos y el mar mientras el sol se pone, y finalmente encuentra, en un lugar húmedo y oscuro, un nuevo refugio.

Dentro de este marco natural, *La orilla africana* relata el encuentro de varios mundos —Latinoamérica, África y Europa— a finales del siglo xx. Quizá sea la representación de este espacio sin fronteras —en el

que conviven indistintamente desde concepciones mágicas de la realidad hasta la ilegalidad y la violencia más extremas— el principal valor de la obra de Rodrigo Rey Rosa. En sus páginas unas cuantas sugerencias son suficientes para hacernos intuir un mundo complejo, hecho de tramas individuales que se entrecruzan según un orden imprevisible y que desembocan, a veces, en la violencia, pero también a veces en la maravilla. La austeridad de su estilo no hace sino magnificar todas las resonancias de la narración, de forma que, a pesar de su brevedad, el relato continúa expandiéndose incluso cuando ya se ha terminado su lectura. *Tres novelas exóticas* es a un tiempo una muestra representativa de estas grandes virtudes de la obra de Rey Rosa y un sólido punto de partida para continuar explorando el mundo del escritor guatemalteco. —

ENRIQUE MACARI (Mérida, 1988)
es crítico literario.



POESÍA

Poesía Ctrl + Alt + Supr



Enrique Adrián Martínez, Luna Miguel y Jesús Carmona-Robles (antologadores)
PASARÁS DE MODA. 35 POETAS JÓVENES EN ESPAÑOL
León, Editorial Montealegre, 2015, 234 pp.

ISABEL ZAPATA

Parece que la idea de hacer una antología de poetas jóvenes está condenada al fracaso: siempre hay descontento respecto a *los que faltan* (acaso Borges tenía razón y el principal encanto de las antologías está en sus omisiones), irritación sobre los criterios utilizados o el orden en

que aparecen los textos seleccionados. En este caso, sin embargo, el fracaso no parece ser algo de lo que hay que escapar. Al contrario: es digno de celebrarse, junto con la decepción y la indiferencia propias de una generación que observa al mundo a través de la pantalla de su teléfono celular.

En la nota introductoria del volumen, escrita a seis manos por sus antólogos (Luna Miguel, española, y los mexicanos Enrique Adrián Martínez y Jesús Carmona-Robles), se menciona un esfuerzo por reunir la obra de poetas jóvenes que han *pasado inadvertidos*. Se explica también que, en principio, la selección giraba en torno a la estética *alt lit* en español. Aunque el proceso de edición no culminó, en un sentido estricto, en una antología de literatura alternativa, el resultado funciona como testimonio de ese fenómeno literario de borrosa definición, esa no literatura o *alternativa a la literatura* que encuentra eco en redes sociales, blogs y revistas en línea.

Si partimos (aunque nada nos obliga a hacerlo) de que el prólogo de una antología es el tronco que la sostiene, las motivaciones expuestas en el texto introductorio de esta selección son, al menos, imprecisas. “Nuestro deseo —dice Jesús Carmona-Robles— era dar a conocer a una serie de poetas en los cuales nosotros depositamos cierta confianza.” O en palabras de Luna Miguel, “ofrecer una instantánea de lo que nos ha maravillado en nuestros viajes, encuentros y desencuentros”. Entre este follaje se van dibujando ciertos criterios: *Pasarás de moda* es una antología de poetas nacidos entre 1987 y 1999 que escriben en español o tienen un vínculo fuerte con el mundo hispano (puntué esto último porque Melissa Lozada-Oliva, Robin Myers y Arvelisse

Ruby escriben principalmente en inglés) y que comparten ciertas referencias culturales. Más que el retrato de una generación, la selección es una panorámica de voces con un aire de familia marcado por la coincidencia cronológica, pero también por el uso de recursos narrativos en apariencia simples para describir sus vidas cotidianas con cierta insatisfacción o angustia existencial. Entre los elegidos se encuentran algunos de los principales representantes de la escena *alt lit* en España, como Óscar García Sierra o Vicente Monroy, junto a mexicanos como Ricardo Limassol o Martín Rangel, Kevin Castro y Roberto Valdivia, de Perú, entre otros poetas argentinos, colombianos, guatemaltecos, paraguayos, chilenos, salvadoreños, uruguayos y venezolanos. En ese sentido, es justo decir que la selección cumple con la exigencia de ser representativa en términos geográficos.

Los poetas treintañeros que componen *Pasarás de moda* parecen tener plena confianza en internet como vehículo de la expresión creativa. Como muestra bastan los títulos de algunos poemas: “Te googleé para sentirte cerca” de Malén Denis, “Una voz en mi cabeza dijo yolo”, de Martín Rangel, “Llevo dos horas hablando por Skype con Rut”, de Didier Andrés Castro o “:”, de Vicente Monroy. Se trata de una poética que, al menos así lo aparenta, deja las preocupaciones formales de lado para volcar de lleno la mirada en la textura del *aquí y ahora*, esa tiranía de lo inmediato. Más que una fotografía o una postal, *Pasarás de moda* es una imagen .jpg que alcanza cientos de *likes* antes de ser reemplazada por otra y desaparecer en los laberintos del ciberespacio. Si todo movimiento literario tiene sus propios mitos, los mitos

de la literatura alternativa son tuits, estatus de Facebook, entradas de Wikipedia, fotografías de Instagram repetidas al infinito.

¿Es realmente literatura espontánea o más bien literatura fundada en cierta clase de ingenio que la hace parecer espontánea? La duda surge con frecuencia a medida que avanza la lectura. Algunos artificios del lenguaje son más burdos que otros, y a varios de los poetas incluidos en el volumen se les notan demasiado las costuras, pero la selección no está desprovista de aciertos. Jehú Coronado, por ejemplo, participa con un solo poema largo, “Saltar la cuerda”, que cierra con cuatro versos que no olvido: “no hay por qué resistirse / siempre vamos a estar en duelo / por el abismo que separa / al lenguaje de las cosas”. O este fragmento del poema “Dicha”, de Daiana Henderson: “Puedo aceptar que ya no nos queremos como antes / pero, si insisto, es porque la distancia / fabricada entre nosotros / es tan hermosa y delicada / como ningún otro trayecto / que conozca hasta ahora.”

“De noche, en mi cama, enciendo una vela / y eso es lo más cerca / que estaré de ser un pez del mar profundo”, escribe la grandiosa Robin Myers en “La metafísica de Pedro el heladero”. Y así como no tenemos más que conformarnos con una versión imperfecta de lo que quisiéramos, *Pasarás de moda* no alcanza a ser lo que en un principio —es decir, en su prólogo— quiso ser. Pero no fracasa, porque justo en esta afirmación está contenido el espíritu efervescente, huido de la literatura que busca retratar. —

ISABEL ZAPATA estudió una maestría en filosofía en la New School for Social Research. Es autora del libro de poemas *Ventanas adentro* (Urdimbre, 2002) y cofundadora de Ediciones Antílope.

NOVELA

Los días que no fueron



Elvira Navarro
LOS ÚLTIMOS DÍAS DE ADELAIDA GARCÍA MORALES
Barcelona, Literatura Random House, 2016, 128 pp.

MARÍA JESÚS ESPINOSA DE LOS MONTEROS

No es ningún secreto que el oficio de escritor está más cercano al del obrero que al de estrella de cine. A nadie se le oculta que son muy pocos los escritores que logran vivir de sus libros. O dicho de otra manera: que son demasiados los literatos que, una vez jubilados, deben renunciar a sus pensiones y vivir de profesiones precarias. Este hecho está presente en el núcleo de la nueva novela de Elvira Navarro (Huelva, 1978), *Los últimos días de Adelaida García Morales*, de la misma forma que lo estaba en su novela anterior, *La trabajadora*. En ambas obras, Navarro mezcla en la trama la precariedad laboral y el contexto de la literatura. Si en *La trabajadora* era una correctora la que sufría los impagos de su editorial, en su libro más reciente la autora ficcionaliza los últimos instantes de la vida de una de las escritoras más misteriosas de la literatura española contemporánea: Adelaida García Morales (Badajoz, 1945-Dos Hermanas, 2014). Las dos novelas están atravesadas por una narrativa del fracaso y analizan una sociedad que parece desdeñar a los escritores, inmersos en la precariedad laboral. Un discurso similar se desprende de las primeras páginas de esta novela

cuando una “señora de aspecto descompuesto” se presenta en el despacho de una concejala de cultura para pedir cincuenta euros con los que ir a visitar a su hijo a Madrid. Esa mujer que “va sin maquillar y con la mitad del pelo blanco, como si se hubiera olvidado de la existencia de las peluquerías”, es Adelaida García Morales, que saltó a una fama que detestaba tras el estreno en 1983 de la película *El sur*, dirigida por Víctor Erice —su marido durante algunos años— y basada en un relato hipnótico que ella misma había escrito unos años antes.

Siguiendo la estela de escritores como Emmanuel Carrère (con *Limónov*), Jean Echenoz (con sus biografías noveladas de Emil Zátopek —*Correr*—, Nikola Tesla —*Relámpagos*— y Maurice Ravel —*Ravel*—) o Pierre Michon (con *Rimbaud el hijo*, un pastiche de biografía, ensayo y poema), Elvira Navarro ha centrado su libro en una única personalidad. A diferencia de los escritores anteriores, Navarro se ha fijado en una existencia minúscula, en una vida que fue diluyéndose hasta llegar al silencio más absoluto, en una muerte que pasó inadvertida (“Muy pocos en el pueblo saben que allí vivía Adelaida García Morales. Muy pocos, de hecho, la conocen siquiera de oídas”). En un determinado momento del relato, la narradora, haciendo alusión a la protagonista de *El sur*, se pregunta “¿en qué consiste una Gran Vida?”. De algún modo, parece que la propia Navarro trasladara esa pregunta al lector: ¿tuvo una Gran Vida Adelaida García Morales? Esa narrativa del fracaso profundiza en la idea errónea de asociar personajes fracasados a un cierto halo literario, incluso romántico. A través de una marcada distancia narrativa, Navarro propone eliminar cualquier brillo literario

para presentar a una autora de éxito efímero cuya relevancia se mide en los resultados que un buscador ofrece: “La googleé, pero como no está al tanto de los códigos literarios y la entrada que le dedica la Wikipedia pinta escasa, no le quedó claro si se trataba de una autora relevante.”

La estructura de esta cortísima novela —apenas 82 páginas de relato y otras treinta destinadas al Epílogo, Aclaraciones y Créditos— alterna los episodios centrados en la concejala que atiende la demanda de la escritora y descubre su repentino fallecimiento, y aquellos otros que narran el rodaje de un documental acerca de la escritora y cuyos protagonistas, desprovistos de nombres propios, se reducen a la realizadora del documental y tres personas que conocían a Adelaida: la mujer con horquillas naranjas cuyo hijo coincidió en el colegio con el de la autora, el psiquiatra de la Seguridad Social que atendió su cuadro depresivo y una mujer rubia que iba a Las Teresianas con ella. Una mirada poliédrica e imaginativa que recrea, a partir de documentos reales —artículos, mails, entrevistas, declaraciones o transcripciones de podcasts—, lo que pudieron haber sido aquellos días finales.

El lector asiste a un debate que encierra una severa reflexión: ¿cómo es posible que una autora que figuró como lectura obligatoria de los bachilleratos haya sido tan radicalmente olvidada? El libro de Elvira Navarro, tan hiriente y punzante como sus obras anteriores, se revela finalmente como un homenaje velado pero feroz a esa mujer con crispación muda y escritura brillante de la que ya solo se pueden contar leyendas. —

MARÍA JESÚS ESPINOSA DE LOS MONTEROS (Valencia, 1982) es periodista. Dirige *Podium Podcast*.

NOVELA

Historia secreta de Rusia



Carlos A. Aguilera
EL IMPERIO OBLÓMOV
Sevilla, Espuela de Plata, 2014, 236 pp.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

¿Estará escrita ya una historia de la literatura en Cuba bajo el dominio soviético? Lo ignoro pero no deben faltar críticos o profesores de la isla entusiasmados por el tema. En ese caso, no faltarán en ese hipotético capítulo insular cuya duración fue de treinta años exactos (1961-1991) dos novelas: ni la magnífica *Enciclopedia de una vida en Rusia* (1998), de José Manuel Prieto (1962), ni la de su paisano Carlos A. Aguilera, que nació en La Habana en 1970 y vive fuera de Cuba desde principios de siglo. Sé poco de la biografía de Aguilera y desconozco si, como algunos de sus contemporáneos, estudió en la difunta Unión Soviética, pero *El imperio Oblómov* es una historia ruso-soviética en clave, escrita —con una prosa educada, me imagino, por autores como Bruno Schulz o Robert Walser— contra un imperio euroasiático que es y no es la Rusia de los zares. Asimismo, esta sátira es y no es un recorrido imaginario, desopilante como dirían los peninsulares, en el camino hacia el gulag.

Aunque se trata también de una novela-fábula, al estilo de las de Tournier o Sarban, dominada por un tuerto-cíclope llamado Oblómov empeñado en destruir

a sus semejantes para fundar un imperio, el libro suministra las suficientes referencias para indicarnos su datación, antes y después de la Revolución de 1917. Es el momento en que “los barbilampiños rojos”, “la recién estrenada Guardia Roja”, liderada por “míster Uliánov”, se apodera del imperio de los zares, cuya cabeza, la del negligente Nicolás II, termina siendo, en *El imperio Oblómov*, una pelota de fútbol para sus carceleros, uno supone que en la fortaleza de Pedro y Pablo donde se encontraban él y toda la familia imperial, incluidos aquellos niños y niñas de sangre real cuya supuesta sobrevivencia fue utilizada por impostores durante décadas hasta que la prueba de ADN demostró que las órdenes del alto mando bolchevique —la liquidación de todos y cada uno de los miembros de aquella familia— se habían cumplido a la perfección.

El libro de Aguilera es enigmático y su desenlace me lo ahorro para disfrute del eventual lector. Pero ¿es el cruento imperio oblomoviano, basado en la destrucción de las llamadas “gallinas”, seres humanos inferiores, una imagen en espejo de la dictadura del “bigotudo del Kremlin”, como Stalin aparece referido en la novela? ¿O es algo más: una denuncia del Este como la “tierra de sangre” por la que combatieron nazis (cuyo origen en las tabernas de Baviera también interesa a Aguilera) y estalinistas? ¿acaso un daguerrotipo, más real que la realidad, del totalitarismo del siglo xx?

Sea como fuese, es difícil leer esta notable distopía con inocencia, pues el odiado Este se encuentra lo mismo en el imperio ruso-soviético que en el alma de los emigrados blancos dispersos por Europa y de él solo se salvan algunos de

los Uliánov, aquellos “parientes”, me imagino, de Lenin —nunca nombrado como tal en la novela— que huyeron del régimen bolchevique rumbo al exilio interior, del cual los sacó, durante los años treinta, la matanza.

Sin ser propagandística —todo lo contrario— esta novela antitotalitaria recupera el tono de las páginas de Zamiatin u Orwell y no es difícil —acaso sobreinterpretarlo— escuchar en las frases de Aguilera el eco de las del místico Vasili Rózanov —sobreviviente del entorno de Dostoievski al que le toca presenciar el golpe comunista de 1917— y las de otros amigos o enemigos del paneslavismo, pues no otra cosa que su triunfo, hasta 1989, fue la historia de la Unión Soviética y sus satélites rusificados mediante la bolchevización tras la derrota de Hitler. Frases como las siguientes me hacen pensar en esa aniquilación paneslava que, según John Gray, los místicos bolcheviques llevaron a cabo: “No es acaso la muerte misma la suprema existencia de un Constructor Universal, alguien que ha diseñado la máquina humana con tal perfección, que incluso nos ha ofrecido la muerte, el dolor, la repugnancia, el vómito, como gestos que debemos asumir para encontrar minuto a minuto con nuestro propio yo” (p. 107). O leamos esta otra del jorobado Bertholdo, bacteriólogo, quien pregunta jactancioso: “¿No sabe aquí nadie que si yo quiero puedo devolverle la vida a la humanidad?” (p. 111). O la siguiente maldición eslava: “El ojo que va a hacer posible que el Este sobreviva, que reencuentre su centro, que paralice y mute a los demás, que cante” (p. 197).

Oblómov, el antihéroe de Iván Goncharov (1812-1891), que no se levanta del sillón de la sala hasta bien

entrada la novela que lleva su nombre—publicada en 1859 y filmada por Nikita Mijalkov en 1979—, ha sido, más que reescrito, contraescrito por un cubano en 2014. Lenin, el germanizado revolucionario marxista muy parecido al dinámico y modernizador Stoltz, el amigo alemán contrapuesto por Goncharov frente al oblomovismo ruso, utilizó reiteradamente el nombre del ocioso e indeciso Oblómov para descalificar lo mismo a sus enemigos políticos, mencheviques o socialrevolucionarios, que a los enemigos de clase que parasitaban la Rusia rural, tanto hacendados como kulaks, muchos de ellos exsiervos exterminados más tarde por Stalin.* Contra ese Este ha escrito Aguilera su parábola. Pero no solo contra ellos sino pensando, supongo, en aquellos espíritus religiosos que se opusieron al bolchevismo más por ser ateo que por su naturaleza universalmente tiránica: los Berdiáyev, los Shestov o los Solzhenitsyn, valerosos como lo fueron en su devenir antisoviético, parecían ya, ante nuestros ojos, parte del problema y no de la solución. Esa idea, al menos para mí, la ratifica Aguilera. Por sugerir todo esto y no mencionarlo de manera explícita, *El imperio Oblómov*, la distopía a la vez caricaturesca y folclórica (hay mucho de la saga popular ogresca destilada por el autor en estas páginas) de Carlos A. Aguilera, es una de las grandes novelas latinoamericanas de nuestro siglo. —

* Javed Akhter *et al.*, “Vladimir Lenin on Oblomov” en *Journal of Arts & Humanities*, Department of English Literature and Linguistics, University of Balochistan, Pakistán, p. 84.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

es crítico literario. Este año El Colegio de México publicó *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863*.



XVI FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO ZÓCALO 2016

DIVERSIDAD: TERRITORIO DE ENCUENTROS

14 - 23 octubre 2016, Ciudad de México

INVITADAS, EDITORIALES DE MADRID

www.feriadellibro.cultura.cdmx.gob.mx

Capital Social Por Ti

